

El futuro de los incendios

Los incendios desencadenados a lo largo del verano y el otoño del 2017 en la península Ibérica han sobrecogido por su virulencia y por el elevado número de víctimas mortales que han provocado. Solo en Portugal, más de cien personas perdieron la vida asfixiadas o engullidas por las llamas. El incendio de Pedrógão Grande (Portugal), con 65 muertos y 30.000 hectáreas calcinadas, se considera el mayor desastre ambiental y humano de los últimos tiempos en el país luso.

Tras un verano y un inicio del otoño excepcionalmente cálido y seco, a mediados de octubre se contabilizaban a este lado de la frontera —en Galicia y Asturias— cientos de incendios, en su mayoría causados intencionadamente o por negligencia. El año que termina está siendo en nuestro país el tercer peor del último decenio, con casi 101.000 hectáreas quemadas y 11.600 incendios, de los cuales 22 han superado las 500 hectáreas de extensión (los denominados Grandes Incendios Forestales).

El vandalismo pirómano, la anomalía climática, la falta de prevención y la pobre gestión han sido señalados —junto a oscuros intereses económicos— como las principales causas del desastre ambiental y humano que asoló el noroeste peninsular. Sin embargo, el espeso humo de la tristeza, la rabia y la frustración que generan estos fenómenos extremos e incontrolados no debería conducir a reacciones pasionales ni valoraciones precipitadas, impidiendo que se investiguen con serenidad las razones que conducen a ellos. Apagados ya los últimos rescoldos, resulta pertinente preguntarnos, primero, por el rol del fuego en los ecosistemas mediterráneos; y,

segundo, por las dinámicas históricas, económicas y culturales que alimentan este tipo de fenómenos recurrentes en nuestras latitudes.

Como en tantas otras cuestiones, las ciencias naturales y la historia son maestras de vida para diagnosticar con lucidez acontecimientos con una fuerte carga emotiva y mediática. Porque no podemos juzgar lo que sucede cada año en las regiones de clima mediterráneo (sur de Europa y norte de África, California, Chile, Australia y Sudáfrica) y en otros biomas del planeta sin preguntarnos por el papel que desempeña el fuego en la dinámica de los ecosistemas, por el cambio en el régimen de usos del suelo y por la evolución de la población en las últimas décadas.

I. El fuego, un factor de perturbación natural en los ecosistemas mediterráneos

El fuego tiene muy mala prensa. Su capacidad para quemar grandes superficies forestales, cultivos, casas y hasta ciudades enteras se percibe como una amenaza. Por eso, la imagen que tenemos de los incendios es negativa y nos gustaría poder suprimirlos. Sin embargo, el fuego cumple también una función vital. Una función en apariencia perturbadora, pero que resulta más importante de lo que pensamos.

En regiones de clima mediterráneo como la nuestra, la sequedad hace que los nutrientes acumulados en la materia orgánica tarden mucho en descomponerse. Sin el fuego, que acelera el lento proceso de mineralización, las plantas no podrían disponer de esos nutrientes. Por otro lado, las semillas de algunas especies necesitan el calor del fuego o ser parcialmente quemadas para poder germinar; sin él, muchas especies no podrían reproducirse ni dispersarse y algunos ecosistemas modificarían su composición florística, perdiendo un importante elemento de su dinamismo.

Al mismo tiempo, la comprobada capacidad de regeneración de las masas forestales tras los incendios es una característica propia de las comunidades vegetales mediterráneas. Se trata de ecosistemas susceptibles de incendiarse con facilidad debido a las características

del clima (inviernos suaves y lluviosos y veranos secos y calurosos), razón por la cual las especies mediterráneas han desarrollado una serie de mecanismos que permiten la supervivencia de los ejemplares quemados o su re-establecimiento.

Por último, el fuego puede incluso prevenir futuros incendios porque, al reducir la carga de combustible e introducir discontinuidades en la vegetación, los siguientes incendios no son ni tan extensos ni tan intensos. En muchos casos, sin la función reguladora del fuego, el propio fuego se vuelve incontrolable. A lo largo de los siglos, pastores y agricultores provocaron incendios para gestionar el paisaje, haciendo que muchas especies evolucionasen bajo la doble presión del pastoreo y el fuego. De ahí también que los contrafuegos —un fuego provocado para evitar la propagación de un incendio— sean una de las herramientas de gestión más eficaces.

2. Una mirada al pasado y al presente de las masas forestales

Para comprender la problemática contemporánea de los incendios, la atalaya histórica resulta imprescindible. En el caso ibérico, una visión panorámica es si cabe todavía más importante ya que, desde la década de 1950 hasta nuestros días, la población rural ha disminuido de forma drástica, emigrando a las ciudades y dejando a su merced unos ecosistemas con los que había interactuado durante cientos (o miles) de años. Se estima que, a principios del siglo xx, casi el 70% de la población española era rural frente a un 30% de la urbana. Un siglo más tarde, los porcentajes se han invertido.

A la implosión demográfica, el envejecimiento de la población y el inexorable abandono que caracteriza buena parte de nuestra geografía hay que sumar un conjunto de fenómenos interrelacionados muy determinantes también para la cuestión que nos concierne: la estabulación del ganado, el abandono de los cultivos marginales de secano, la supresión del fuego como herramienta de gestión del paisaje, el acceso generalizado a los combustibles fósiles, la reducción en la extracción de leñas, la expansión natural de las masas forestales, así como las políticas forestales de repoblación que han

conducido a la conformación de numerosas masas monoespecíficas de coníferas y a plantaciones comerciales de eucalipto, pino y otras especies comerciales de crecimiento rápido (aunque estas no son, en la práctica, las zonas que más se queman, sino el matorral). Este conjunto de factores ha conducido no solo a la expansión y al aumento del volumen total de vegetación leñosa en las masas forestales ibéricas, sino también, y en no pocos casos, a un incremento en la proporción de especies pirófilas típicas del matorral y, por tanto, a una mayor continuidad vertical y horizontal del combustible, multiplicando significativamente —una vez iniciado— la potencia y la velocidad de propagación de un incendio.

3. El Inventario Forestal Nacional

El Inventario Forestal Nacional (IFN) definido por el Ministerio de Agricultura y Pesca, Alimentación y Medioambiente como “un proyecto encaminado a obtener el máximo de información posible sobre la situación, régimen de propiedad y protección, naturaleza, estado legal, probable evolución y capacidad productora de todo tipo de bienes de los montes españoles”, es uno de los instrumentos más fiables de los que disponemos para entender la dinámica forestal en nuestro país. La comparación de los resultados de cada IFN permite apreciar con perspectiva histórica las dinámicas de la cubierta vegetal en nuestro territorio. Como afirmaron los redactores del IFN2 (1998), completado 23 años después del IFN1 (1975):

“Con el paso del tiempo la naturaleza cambia, y asimismo lo hace nuestra percepción de ella, dejando pronto obsoletos los pasados proyectos y forzándonos a diseñar otros nuevos en los que, sin desprestigiar los factores ya admitidos, se amplíe el campo de observación a los relacionados con los recientes objetivos y necesidades”.

A finales del siglo xx, el IFN2 estimaba que los ecosistemas forestales de España ocupaban “algo más de veintiséis millones de hectáreas (26.280.281 ha), de las cuales casi quince millones (14.717.898 ha) están arboladas y unas doce (11.562.382 ha) desarboladas, que su-

ponen respectivamente el 29% y el 23% del territorio nacional.” Casi una década más tarde, al comparar los resultados obtenidos con los del IFN2, el IFN3 (2007) concluía de forma sintética: 1. Se detecta un notable aumento de la superficie de monte arbolado a costa de una disminución de la del desarbolado y cultivo; 2. La biomasa arbórea existente en los montes es ahora mucho mayor que la que mostraba el IFN2, tanto en valores absolutos como en valores por hectárea; 3. En las provincias cantábricas la expansión del eucalipto ha sido espectacular a pesar de que cada vez se corta más madera de dicha especie.

Pero al notable incremento de la biomasa (léase: combustible) señalado por el IFN3 se añade otro elemento crucial, apuntado al inicio de este editorial, que no podemos dejar de incluir en el análisis: el calentamiento global. Como afirmó de modo rotundo Marc Castellnou, jefe de los Grupos de Actuación Forestales de los bomberos de la Generalitat, tras ser preguntado por la ola de incendios que asoló el noroeste peninsular: “El origen de estos nuevos y grandes incendios cabe buscarlo en el cambio climático”.

En la primavera de este año que termina ha habido más días por encima de los 30 grados que en un verano de la década de 1990. Aunque este fenómeno no es excepcional, forma parte de una tendencia global. La comunidad científica nos advierte que, desde el 2001, la humanidad ha vivido quince de los años más cálidos de los que se tiene registro. Si bien la temperatura en sí misma no es necesariamente un factor de riesgo —en comparación con la velocidad del viento o la falta de precipitaciones— a las anomalías térmicas de este año se le añade la pertinaz sequía del principio del otoño, dando como resultado un conjunto de masas forestales estresadas hídricamente y con una enorme cantidad de combustible listo para arder. Es decir, una tormenta perfecta o —mejor dicho— una tormenta seca perfecta.

4. Una mirada al futuro

Llegados a este punto, la pregunta que está en boca de todos aquellos preocupados por la problemática de los incendios es: ¿Qué

podemos hacer? La respuesta no es sencilla y pide ser abordada desde varios frentes, manteniendo una visión panorámica u holística, capaz de integrar en la ordenación del territorio los puntos de vista y los intereses de todos los actores implicados.

Por un lado, a nivel personal y comunitario, todos los que vivamos cerca o salgamos al monte debemos extremar las precauciones, evitando encender fuego. También debemos, por supuesto, colaborar con las autoridades para identificar a las personas que —por imprudencia o malevolencia— sean responsables. Al fin y al cabo, siempre ha habido y habrá pirómanos, pero la disponibilidad de combustible y la continuidad de la vegetación hacen que su capacidad de destrucción se haya incrementado. Pero debemos, sobre todo, tomar conciencia de que el fuego es un elemento propio de nuestros ecosistemas con el que convivimos, que demanda elaborar planes de gestión y de autoprotección para viviendas, urbanizaciones y zonas periurbanas cercanas a las masas forestales.

Al mismo tiempo, y esta es quizás la tarea más urgente y compleja, necesitamos un proceso de alfabetización ecológica para darnos cuenta de que el estilo de vida de nuestras sociedades industrializadas, basado en el consumo masivo de combustibles fósiles y un modelo económico lineal tiene consecuencias globales diferidas en el tiempo y el espacio, como el cambio climático, que están afectando indirectamente al régimen de incendios. Los incendios no son más que casos particulares de dinámicas globales enormemente complejas.

Millones de decisiones puntuales agregadas, en apariencia insignificantes y amorales, alimentan —por medio de las cadenas de producción, transporte y consumo— procesos como la deforestación de los bosques tropicales, la pérdida de biodiversidad, la acidificación de los océanos, la emisión de gases de efecto invernadero o el cambio en el patrón del régimen de precipitaciones. De ahí que resulten tan pertinentes las palabras del papa Francisco para enmarcar cualquier problemática ambiental contemporánea:

«Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un

origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración» (*Laudato si'* n. 202).

Por otro lado, las administraciones públicas y las instituciones internacionales enfrentan también un doble reto educativo y de gestión: sensibilizar a la población sobre las condiciones cambiantes de nuestros ecosistemas —mediante campañas informativas y de sensibilización— y, simultáneamente, establecer una política integral de prevención de incendios forestales adaptativa al cambio climático financiando, por ejemplo, planes de gestión que permitan la transición de nuestras masas forestales al nuevo régimen climático en el que hemos entrado.

Por último, a medio y largo plazo, un país como el nuestro necesita también plantearse qué tipo de relación quiere establecer con el mundo rural, cómo desea distribuir su población a lo largo y ancho del territorio y —si es que todavía es posible— qué incentivos va a ofrecer para revertir el actual proceso de urbanización y declive demográfico. A las grandes extensiones de nuestro territorio hoy ya despobladas se les sumarán en pocos años, de no cambiar la tendencia, otras muchas, que habrá que ordenar y gestionar de una forma nueva y creativa. ■

SALTERRAÉ



THOMAS MERTON

Los Manantiales de la Contemplación

*Un retiro en la abadía
de Getsemaní*

P.V.P.: 18,90 €

312 págs.

Más información en
www.gcloyola.com

Poco antes de su muerte, Thomas Merton pudo charlar con varias religiosas de órdenes contemplativas sobre temas que entonces estaban de actualidad, algunos de los cuales hoy siguen generando debate dentro y fuera de la Iglesia. Este libro recoge muchas de estas charlas y reflexiones. Una oportunidad para volver a encontrarse con uno de los grandes autores católicos del siglo XX.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
